

tolericismo se declarase religión del Estado. No era posible aceptar esta cláusula, y el embajador francés en Roma, monsieur de Cacault, recibió la orden de regresar á París, si en el término de cinco días no firmaba el Papa el concordato en la forma propuesta por Bonaparte. Temeroso de la ruptura, Pio VII se apresuró á enviar á la capital de la República á su secretario de Estado, el cardenal Consalvi, con instrucciones que, á su juicio, debían allanar todos los obstáculos. Ya no pedía que el catolicismo se erigiese en religión del Estado, contentándose con que se proclamara religión dominante. El primer Cónsul cortó el litigio decidiendo que, en el preámbulo del concordato se dijese que el catolicismo era la religión profesada por la mayoría de los franceses. En lo demás se mostró bastante acomodaticio, aunque manteniendo en lo esencial las bases del proyecto que remitiera á Roma. La resistencia á algunas pretensiones de la Santa Sede partieron más bien del clero de Francia que del jefe de la República. Los sacerdotes constitucionales celebraron un concilio en París, donde expresaron el deseo de que los obispos se nombrasen por elección, como venía haciéndose, ó al menos se escogieran de las listas de los candidatos formadas por los fieles de las diócesis; no agradaba este sistema al primer Cónsul, que quería ser dueño absoluto del clero, como lo era del ejército, de la administración y de la magistratura, y, por tanto, al enterarse de los acuerdos adoptados, ordenó al concilio que se disolviera.

Las conferencias duraron aún hasta muy entrado el mes de Julio, en que pudo convenirse en los principales puntos siguientes: se declaraba que la mayoría de los franceses profesaba la religión católica, apostólica y romana; debería hacerse una nueva división de diócesis, de acuerdo con la Santa Sede; el nombramiento de los arzobispos y obispos correspondería al jefe del Estado, y su investidura al de la Iglesia; los prelados prestarían juramento de obediencia y fidelidad al gobierno establecido y se les confiaba la designación de los párrocos de sus respectivas diócesis, reservándose al poder civil la facultad de aprobarla; en fin, los prelados y párrocos recibirían, además de sus derechos de pie de altar, una retribución fija del Estado, que se obligaba á dictar las medidas oportunas para que los católicos pudiesen instituir fundaciones en favor de las iglesias. Según las disposiciones orgánicas referentes á la ejecución del concordato, no podía publicarse en Francia ninguna bula, breve ni rescripto pontificio sin el pase del gobierno, cuyo permiso era igualmente indispensable para restablecer cualquiera fiesta, á excepción del Domingo, señalado como día de reposo á los funcionarios públicos, en lugar del de *décadi*; se confería al Consejo de Estado el conocimiento de los abusos que incurriesen los eclesiásticos, y se autorizaba á los arzobispos y obispos para anteponer á sus nombres el título de ciudadano ó el de señor, pero prohibiéndoles el uso de otro distinto. El concordato se firmó el quince de Julio por José Bonaparte, Cretet y Bernier; en representación del primer Cónsul, y por el cardenal Consalvi, el arzobispo Spina y el padre Caselli, como mi-

nistros de Pio VII. Su ratificación, sin embargo, no se llevó á efecto por una y otra parte hasta el diez de Septiembre.

La solución dada al problema religioso no satisfizo á todos: en el ejército fué acogida con desdén, y en las asambleas políticas con frío descontento ó afectada indiferencia. En el Consejo de Estado se oyó la notificación del concordato en medio de un silencio sepulcral, y cuando á los pocos días leyóse en dicho Cuerpo el breve en que Pio VII restituía «á su mayor querido hijo Talleyrad» á la vida civil, la mayor parte de los consejeros no se dignaron votar, percibiéndose risas mal contenidas. No era posible destruir por un acto de voluntad despótica la revolución operada en las ideas. El mismo Bonaparte tenía que violentarse para conservar su gravedad, y el día que Consalvi, revestido de la púrpura cardenalicia, le presentó el tratado en audiencia pública y solemne, fué acometido de tal acceso de hilaridad que los circunstantes se quedaron estupefactos.

Como parte del programa de pacificación, el concordato tendía sobre todo á producir un efecto teatral; pero no hay duda que su acción en la historia ulterior de Francia ha sido considerable. Por lo que respecta á Bonaparte personalmente, su importancia era mucha en cuanto atraía al clero á la causa del primer Cónsul, arrebatando á los Borbones el único elemento de fuerza con que contaban dentro del país, y además la influencia universal de ese mismo clero permitía á Bonaparte estrechar y fortalecer la unión entre los diversos Estados sometidos ya á su gobierno. Sin embargo, la reconciliación de que el concordato debía ser testimonio era poco sincera, y en el fondo del flamante tratado de paz bullían los gérmenes de la discordia. Al día siguiente de estamparse las firmas, Bonaparte llamó á Consalvi y le dijo, como al descuido, que estaba preocupado con la idea de tener que conservar el equilibrio entre constitucionales y no constitucionales en el nombramiento de obispos, siendo así que le había repetido cien veces que prescindiría en absoluto de los prelados constitucionales al proveer las mitras, y el *Monitor* no tardó en dejar sentir al clero que, si la protección del Estado le ofrecía ventajas, no estaba exenta de inconvenientes. En efecto, habiendo negado un párroco de París la sepultura eclesiástica de una bailarina, fué amonestado y supo por el diario oficial que se mandaba á practicar ejercicios durante tres meses, «á fin de que pudiese recordar que Jesucristo había orado por sus enemigos.» En el momento de la ratificación, el Papa experimentó turbaciones mortales, casi remordimientos: acababan de poner ante sus ojos los números del *Monitor* que contenían las famosas proclamas de Egipto, y hubo de apelarse al pueril recurso de decirle que se trataba de una falsificación, explicación que admitió como quien sólo desea que le engañen. Sin haberle prometido en términos explícitos la restitución de las Legaciones, se le había dejado entrever claramente la posibilidad de conseguirla; mas como una vez firmado el concordato Bonaparte nada hablase del asunto, Pio VII le escribió el veinticuatro de Octubre impetrando «de su corazón magnánimo, justo y sabio la devolución

de las tres Legaciones y una compensación por la pérdida de Aviñón y de Carpentras.» El primer Cónsul ningún caso hizo de este ruego; bien que, echándose de generoso, envió á Roma los despojos mortales de Pío VI, don piadoso que fué recibido con grandes protestas de reconocimiento, pero que contribuyó en muy escasa medida á hacer más cordial la inteligencia de las dos potencias. El menos avisado podía, por consiguiente, vislumbrar numerosos anuncios de futuros disentimientos.

Ajustada la paz de Luneville, no tenía la Gran Bretaña más aliados en Europa que Nápoles y Portugal, próximos á sucumbir, y Turquía, casi tan impotente como ellos. Gouvion Saint-Cyr se preparaba á entrar en España con veinticinco mil hombres, que, unidos á las tropas del Príncipe de la Paz, debían invadir el territorio lusitano; y en cuanto á Nápoles, bastó que Murat se presentase en la frontera para que el rey Fernando solicitase un armisticio, que se convirtió en paz definitiva el diez y ocho de Marzo por el tratado de Florencia, en cuya virtud Nápoles se comprometía á cerrar sus puertos á los ingleses, ceder á Francia su parte en la isla de Elba, de que aquella poseía ya la mitad como conquistadora de Toscana, y recibir y mantener en el golfo de Tarento una división de quince mil hombres, destinados á socorrer á Egipto. Era, pues, lícito afirmar que, de todos los enemigos de la República, sólo Inglaterra quedaba en pie. Abatir á su poderoso adversario, he aquí ahora el único afán de Bonaparte. Sumadas las fuerzas de la Liga del Norte con los restos de las marinas francesa, española y holandesa, podía disponer de tantos navíos de línea como la Gran Bretaña, aunque, á la verdad, por el pronto parecía empresa ardua y peligrosa el reunir en una Armada invencible las escuadras dispersas de los nuevos aliados; porque las de la Liga eran prisioneras de los hielos del Báltico, la holandesa se hallaba bloqueada en el Texel y las de Francia y España estaban en Flesinga, Brest, Rochefort, El Ferrol, Cádiz y Tolón. Sin embargo, ¿qué no era dable esperar de la energía de Bonaparte, unida al ardor de Pablo I? En cualquier caso, cerrados todos los puertos del Continente al comercio británico, sufriría éste enormes pérdidas y el golpe habría de sentirse fuertemente en Londres, siendo creencia general en Francia que nunca Inglaterra se encontrara en trance de tanto apuro.

Justo es decir que en el pueblo amenazado no se participaba de esta opinión; por el contrario, había la serenidad suficiente para discutir otras cuestiones de carácter interior y de la mayor importancia, en que se concentraba preferentemente el interés público, hasta el punto de relegarse á segundo término las demostraciones rusas y francesas. Sin batallas en los campos ni revoluciones en las calles, se estaba preparando una transformación profunda en la existencia política de la Gran Bretaña.

Las atrocidades de que Irlanda fuera teatro en la última sublevación, llevaron al ánimo de Pitt el íntimo convencimiento de que era menester cegar á toda costa la fuente de tantos males. Conservar el Parlamento irlandés equivalía á perpetuar la opresión de los

celtas católicos por los sajones anglicanos, y como, por otra parte, no era posible que á ningún político inglés se le ocurriese la idea de privar á los irlandeses de representación parlamentaria, no se descubría otra salida que el admitir en las Cámaras del reino á los lores y diputados de Irlanda, es decir, la unión parlamentaria de las dos islas. Esta solución, concebida y apadrinada por Pitt, había sido los dos años anteriores objeto de viva controversia en Inglaterra y más aún en Irlanda; pero, en la primera, era tan grande el crédito de Pitt y estaba tan fresco el recuerdo de la rebelión, que podía contarse de antemano con el voto favorable de ambas Cámaras, y respecto á la segunda, si bien en la legislatura de mil setecientos noventa y nueve el Parlamento mostróse contrario á los deseos del gobierno, en la siguiente, lord Cornwallis, dejando vislumbrar á los votantes dóciles la perspectiva de títulos de pares y otras dignidades, de ricas prebendas y empleos lucrativos, logró que la balanza se inclinara al lado opuesto. El veintiocho de Marzo, la Cámara baja de Dublin declaró que la unión era conveniente, y cuando el Parlamento inglés acordó que se llevara á efecto, se propuso una ley en Dublin en el mismo sentido que fué aprobada el siete de Junio y sancionada por el poder real el dos de Agosto.

Faltaba, sin embargo, resolver el punto que ofrecía más dificultades. Para conseguir la unión, había sido preciso recabar el concurso de los católicos irlandeses, y éstos lo prestaron poniendo como condición que se aboliera el diezmo que pagaban á la iglesia anglicana, que se señalase un estipendio á sus sacerdotes, el acceso á todos los cargos públicos y, en primer término, la elegibilidad para el Parlamento. Era el problema de la emancipación de los católicos, que renacía. Pitt evitó el comprometerse de un modo formal acerca de aquellos extremos, especialmente en lo relativo al momento de implantar las reformas exigidas; mas había otorgado plenos poderes al virrey para reclamar el apoyo de los católicos en nombre de su emancipación futura, los católicos habían cumplido por su parte el compromiso contraído, y Pitt se consideraba absolutamente obligado y estaba resuelto á mantener su palabra, como siempre hacía. A este fin, sometió al Gabinete las bases de un proyecto de ley en que se daba satisfacción á las legítimas pretensiones de los católicos; pero, con gran sorpresa suya, los consejeros se dividieron, manifestándose cinco conformes con el proyecto y cuatro contrarios á él: entre los últimos figuraba el lord-canciller Loughborough. Pitt, no habituado á encontrar resistencia en el seno del Gabinete, levantó la sesión antes de que llegara á tomarse acuerdo definitivo. Aunque no renunciaba á su pensamiento, comprendió que debía esperar ocasión más propicia para realizarlo; así es que, habiéndose planteado otra vez la cuestión al poco tiempo en otro Consejo de ministros, Pitt se opuso terminantemente á su discusión inmediata. Pero á los adversarios de las reformas no les convenía en manera alguna que el pleito continuara pendiente, suponiendo que Pitt aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara para hacerlo faltar en favor de los católicos, mientras juzgaban que de resolverse en-

tonces tenían asegurada la victoria. El Lord canceller, ambicioso, sin conciencia, no contento con provocar la oposición del Consejo al proyecto de Pitt faltó á la reserva que debía guardar acerca de un asunto aun no resuelto por el Gabinete, revelandó á Jorge III las intenciones de su primer Ministro. El anciano Monarca se alarmó en gran manera, porque siempre había creído que, dando entrada á los católicos en las altas funciones del Estado y en las Asambleas parlamentarias, se infringía claramente el juramento de proteger á la iglesia anglicana que prestaban los reyes al ceñirse la corona. Loughborough, ansioso de suplantár á su ilustre colega, aplicóse á clavar cada vez más hondo en el alma de Jorge el agudo aguijón de los escrúpulos religiosos, y entre otras artimañas, utilizó la de redactar una *Memoria*, donde, después de explicar el aspecto religioso de la cuestión, ponía de relieve con suma habilidad las consecuencias políticas que entrañaba. «Hasta ahora, decía, el derecho á la investidura parlamentaria ha sido un privilegio, limitado á una escasa minoría, dependiendo del Estado el concederlo ó rehusarlo á su arbitrio; pero desde el instante en que se acceda á la emancipación de los católicos, las mismas razones que se aducen en su apoyo conducirán por lógica derivación, á la reforma democrática de todo el régimen actual.» Este último argumento era incontestable: en el sistema vigente no revestía el sufragio el carácter de derecho personal de los ciudadanos, y si de pronto se otorgaba la elegibilidad á millones de católicos irlandeses, era indudable que se apresurarían á reclamarla los millones de protestantes de Inglaterra, que tampoco gozaban de ella. La emancipación, en verdad, minaba por su base los fundamentos del orden político tradicional. Treinta años más tarde, los acontecimientos justificaron las previsiones de Loughborough; mas probaron al par que éste luchaba en vano contra un movimiento irresistible.

Viendo que se aproximaba, en mil ochocientos uno, la apertura del primer Parlamento de la Unión, los enemigos de Pitt dieron un nuevo asalto á la conciencia timorata de Jorge, valiéndose esta vez del arzobispo Moore, primado de Inglaterra, el cual, instruído en secreto de los designios del primer Ministro, conjuró al Monarca con unción solemne á desviar de la Iglesia protestante el peligro que la amenazaba. El Rey, á quien Pitt no había estimado oportuno hablar de una medida aplazada, interpretando mal este silencio, supuso que se quería imponerle la reforma por sorpresa; encendiéndose en cólera, y, encarándose un día con el ministro Dundas: «¿Qué cosas son esas, exclamó con tono irritado, que ha traído de Irlanda ese joven lord (Castelreagh) y que intentáis presentarme de sopetón? La medida que proyectáis es puramente jacobina, y debo mirar como enemigo personal mío á todo el que la apoye.» Dundas se contentó con responder: «Vuestra Majestad encontrará entre los defensores de esa medida personas á quienes nunca ha tenido por enemigos.» Este corto diálogo, oído por muchos, se hizo pronto del dominio público. Pitt no vaciló. «Aparte de la cuestión católica, dijo á Canning, está la acogida que se le

dispensa; si yo soportase esto, mi situación como ministro habría cambiado por completo». Lord Granville y Dundas se mostraron igualmente decididos. La actitud del Rey no consentía más dilaciones: en su consecuencia, el treinta y uno de Enero, Pitt envió al Monarca el nuevo reglamento, por el que se modificaba el diezmo y se abolía el juramento del *Test* (1), advirtiéndole que, de ser desechadas sus proposiciones, no seguiría en su puesto. Jorje no amaba á su ministro, pero ligábale á él la fuerza del hábito, y, además, apreciaba debidamente sus relevantes servicios y eminentes cualidades; por tanto, le propuso un compromiso, en cuya virtud ninguno de los dos volvería en lo sucesivo á hablar del asunto. Pitt se mantuvo inflexible; el tres de Febrero insistió en retirarse, y el cinco, el Parlamento, que había reanudado sus tareas el día anterior, y el país en general, se enteraron con asombro del término de aquella gloriosa administración de diez y siete años. Grenville, Dundas, Windham y Spencer salieron del Gabinete con Pitt, á quien reemplazó el presidente de la Cámara de los Comunes, Addington, hombre de menos que mediana inteligencia. Loughborough recibió su merecido de manos del mismo Rey, el cual dijo que no conocía bribón semejante, y lo depuso, entregando el gran sello á lord Eldon. No concluyó la crisis con esto. El Rey, cuyo enfermizo cerebro era incapaz de resistir tantas emociones, cayó en cama, presa de altísima fiebre acompañada de delirio, que acabó por degenerar en furor. Como aun no habían tomado posesión los nuevos ministros, Pitt tuvo que continuar [provisionalmente al frente de los negocios. Los émulos y detractores del gran Ministro pretendieron, y después se ha repetido con frecuencia, que, convencido aquel del fracaso de su política de guerra, se había valido de la emancipación de los católicos como pretexto para retirarse honrosamente. La afirmación es enteramente gratuita, y se basa en varios supuestos, á cual más falso. En primer término, Pitt no era ciego campeón de la política belicosa; aceptó la guerra con dolor, y por dos veces entró en serias negociaciones de paz, violentando la voluntad de su soberano. En segundo lugar, la causa de la emancipación de los católicos tenía de por sí sobrada importancia para ser, no pretexto, sino motivo de la grave determinación adoptada por Pitt, acerca de cuyo proyecto se expresa Macaulay en los términos siguientes: «Se rinde simplemente justicia á la memoria de Pitt diciendo que era aquel tan grande y tan sencillo, tan equitativo y tan humano, que él solo bastaría á asegurar á su autor un elevado puesto entre los hombres de Estado.» Por último, la alarma producida en el gobierno británico por las amenazas de Bonaparte y Pablo I era menor de lo que en Francia se pensaba. La marina inglesa podía luchar con las fuerzas navales reunidas del mundo entero; Pitt había acumulado poderosos elementos para proseguir la guerra, y cuando restablecido el Monarca, él y los suyos dejaron definitivamente el ministerio, comenzaban á tocarse ya

(1) Era la fórmula con que se negaba la transubstanciación.